

Los recuerdos regresan siempre

Semblanza de Margo Glantz

Felipe Garrido

Margo Glantz es maestra, conferencista, investigadora, académica, editora, crítica literaria; eficaz promotora de escritores y de felices empresas culturales; diplomática, adaptadora de textos literarios a la radio, traductora —estoy seguro de que hay algo que olvido... Ante todo, porque en esta tarea concentra y trasciende las demás, Margo Glantz escribe: todos los días, por la mañana, antes de irse a trabajar —así dice ella. Margo Glantz ha escrito, sobre todo, artículos y ensayos que abren caminos, así como personalísimas ficciones. Y siempre, en todas estas maneras de dar testimonio de su vida (la vida, esa herida absurda, esa siniestra cicatriz) se ha mostrado erudita, emotiva, inteligente, generosa.

Si uno asiste a sus clases o a sus conferencias o dialoga con alguno de sus libros o tiene la buena fortuna de encontrársela y platicar con ella un rato, uno siente cómo la voz y la mirada y el cuerpo se le animan a medida que ella imagina, recuerda, registra, elige entre diversas opciones, que a menudo son divergentes. Uno la admira como mujer y uno la admira por sus ideas seductoras y contagiosas, por sus experiencias cos-

mopolitas, por sus fértiles dudas, por su acostumbrado buen humor.

Al ensayar una semblanza de Margo Glantz, no haré un recuento de sus trabajos, méritos ni reconocimientos —presentados, ganados y cosechados en América, Europa y el Oriente Medio. Destaco, sin embargo, una de sus publicaciones, que es ejemplo de su capacidad para convocar el trabajo de los demás —sin escatimar el propio—, y constituye una aportación capital a nuestra historia literaria: *Onda y escritura*. Un libro que, en 1971, reunió cincuenta y cinco textos de veintiséis autores nacidos entre 1938 y 1950 y que, según Carlos Montemayor, la señala “como la primera investigadora que se acercó, de manera generosa e inteligente, a mi compleja y desunida generación literaria, a la que ya había ayudado en Difusión Cultural de la UNAM con la fundación de la revista y los talleres de Punto de Partida y con la publicación de una antología: *Nueva narrativa joven de México*”.

No haré, pues, el recuento de los méritos de esta mujer que ve en la modestia una cualidad nega-

Del lunes 19 al miércoles 21 de mayo, en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se llevó a cabo un reconocimiento a los cuarenta y cinco años dedicados a la docencia de Margo Glantz. El homenaje estuvo conformado por diez mesas redondas en las cuales participaron profesores, investigadores, maestros y amigos de la escritora. Los Universitarios publica la conferencia inaugural dictada por Felipe Garrido, así como el texto que constituyó la participación de Aline Pettersson, con lo que se suma a la celebración dedicada a conmemorar el arduo trabajo de la insignie humanista.



Pintura mural que ilustra el Salmo 137, Jerusalem, siglo XIX

tiva, confiesa su culposa fascinación por la violencia épica de la Conquista y por palabras como roturar, penetrar, perforar, picar, clavar, apuñalar, y se define como constante, disciplinada y muy trabajadora. (Dijo, hablando de Gorostiza, en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana: “Lo sabemos bien, el don divino, la elección que ha permitido el milagro, el instante supremo de la creación, no es espontáneo, sino el resultado de un rigor extremo, un trabajo artesanal de borraduras y omisiones, un rigor instalado en el ámbito infinitesimal —a veces— de una pobre y simple coma.”) A la continuidad engañosa que nos da un currículo, prefiero acatar la lección y aceptar que la vida es una experiencia fragmentada y revolvente (una herida absurda), y que sólo en ella podemos hallar las razones que, en el caso de Margo, explican esa unidad profunda que da coherencia a una obra singularmente amplia y diversa.

Repito con ella: los recuerdos regresan siempre, y siempre nos quedamos anclados a un acontecimiento. La veo en la cocina de un pequeño departamento, quizás en Narvarte, no estoy seguro. Llego a entre-

garle un trabajo sobre la Orestíada y ella lucha amorosamente, cuchara en mano, como luchan todas las madres, bajo todos los cielos, con una de sus hijas que está en una silla perica y que, como todos los niños, se resiste a comer. Margo pasa de Esquilo a la estufa, deja mi trabajo en una mesa, prueba la papilla, algo dice sobre Casandra (unas llaves, una pluma, algo que brilla intensamente cae al piso), esquiva las manitas que quieren meterse al plato, habla con el mismo entusiasmo, con la misma abundancia con que habla en clase (cuando lo alzo y se lo doy la niña me mira por primera vez, los ojos azorados, sin reconocerme) y las palabras —ternezas para la bebé, precisiones doctas, reflexiones caseras— llaman a nuevas palabras y cada vez que puede mete la cuchara en la boca de su hija.

Margo Glantz es mexicana; pero nació y ha vivido desterrada; parte de su relación con el mundo le viene de la visión de su padre. En el principio (y después, y ahora también), fue el padre: Jacobo Glantz, poeta, escultor, severo y alegre, aficionado a los juegos de palabras, dueño de un concepto del mundo; personaje fundamental

(“Escribo a pesar de él o, quizá mejor dicho, escribo como un homenaje a él, a Jacobo Glantz, mi padre.”), un hombre cabalmente ligado con la Biblia y con la tradición talmúdica. Un doble destierro, porque Margo no se siente suficientemente conocedora de esa tradición y se ha esforzado por hacerla suya nombrándola de nuevo. Nombrar las cosas es una manera de poseerlas. De ahí el despecho del arcángel Samael. (En una prueba que preside Dios, el arcángel no puede nombrar a las bestias, pero Adán lo hace con palabras que le proporciona Dios y que le ganan el privilegio de nombrar a sus descendientes. Lo cuenta Margo, en *No pronunciarás*.)

Una tercera forma de destierro: “nacer en una casa donde tus padres tienen una lengua y unas costumbres distintas a las tuyas. El yidish era su idioma privado. Hablándolo me excluían. Ellos me impidieron que aprendiera su lengua nativa y así me sacaron de su intimidad. Mi lengua fue desde niña el español. El yidish era el idioma de su amor, sus peleas, su complicidad, sus secretos. Su idioma me resultaba amenazante. Otra cosa me duele: el desconocimiento del yidish me impide leer la maravillosa poesía escrita por mi padre”.

Esta cuarta manera de expulsión es aún más dolorosa, pues desde niña Margo sintió que los libros la vinculaban con el mundo; los libros definían la realidad. Desde entonces, la literatura ha sido el eje de su vida. La lectura y la escritura. Jamás sale a la calle sin un libro. Lee activamente, rápido, a todas horas. La escritura es su territorialidad: “estoy sentada siempre —Una memoria leve— en una silla escribiendo sobre una máquina”.

Cuando cumplió seis años, para festejar que ya sabía leer, le dieron una muñeca. “Era preciosa y hablaba. Un día la metí a bañar conmigo en la tina y la muñeca enmudeció, calló para siempre. Su silencio me pareció un castigo divino. Toda mi infancia y mi adolescencia cargué con esa culpa.” Se desvaneció hace veinte años, cuando le dieron el Premio

Magda Donato por *Las genealogías*. Aún le gustan las muñecas de trapo que tienen la cara, las manos y los pies de cera: como “güilas, tan pintadas, con sus aretes”.

Aprendió a leer muy rápido, comenzó a escribir muy joven, pero empezó a publicar mucho tiempo después. Le parecía que sus textos, siempre fragmentarios, no tenían sentido. Algunos se los dio a leer a ciertos amigos; un día se atrevió a mostrárselos a Agustín Yáñez, que había sido su maestro (mejor escritor que maestro), quien le dijo que había algunas cosas bellas, pero que eran como perlas sin engarzar: “tienes que encontrar el hilo para engarzarlas”. Durante años sintió que sus textos carecían de una estructura lógica. Los géneros se habían pulverizado, pero creía que ella se había excedido. (Palabras, palabras, palabras dichas sin ilación, sin sentido, ¿o lo tienen?) Aún no la convencía Torri, amigo de las “cosas esbozadas y sin desarrollo”. (“Nada más lejos de las formas puras de arte que el anhelo inmoderado de perfección lógica.”)

Hasta que escribió, en 1978, *Las mil y una calorías*, un libro excesivo, de gran formato, con dibujos, de tipografía caprichosa. Un libro irrespetuoso donde se exponen versiones nuevas de mitos y personajes que nos son familiares:

Los turbantes le sirvieron a Sinbad
para protegerse del sol; para salvarse
de los naufragios; para vendarse
las heridas; para viajar por los
aires con el ave roc; para adornar
su cabeza; para ahorcar a los
que quisieron darle fama, y, sobre
todo, para no parecerse a Ulises.
Ahora las mujeres los usan sólo
porque la revista *Vogue* los
ha puesto de moda.
El tocador de Cleopatra
Cleopatra peina sus cabellos con el peine
de oro de la lascivia.

Publicar *Las mil y una calorías* —Martín Casillas se atrevió— tuvo un efecto liberador. Ya no le importó si el texto era



Moritz Daniel Oppenheim, *The Heder*, 1878

malo o bueno; tenía la necesidad de sacarlo. El día siguiente a la publicación del libro empezó una obra que se convirtió en tres: *Doscientas ballenas azules* (1979), *No pronunciarás* (1980) y *Síndrome de naufragios* (1984). Los tres, libros de fragmentos, encrucijada de todas las lecturas, todos los intereses, intensamente autobiográficos. *Síndrome de naufragios* empieza con el diluvio universal y termina con una tormenta matrimonial que acaba con la relación amorosa. (Si sólo el corazón es verdadero y si la palabra es mentirosa, ¿qué podríamos hacer para que el amado conociese —verificase— la verdad de la pasión?)

El reconocimiento comenzó a consolidarse con *Las genealogías* (1981). “Un día acompañé a mi madre a enterrar a un primo y de regreso nos acordamos de un acontecimiento fundamental de mi infancia, en el año 39, en la época del nazismo: unas quinientas gentes atacaron a mi padre en la calle y estuvieron a punto de lincharlo. Fue impresionante. Lo apedrearon y tenía la frente ensangrentada. Al volver del panteón hice un pequeño texto recordatorio, ‘Mi program particu-

lar’, y lo publiqué en *UnomásUno*. Al día siguiente muchos amigos me llamaron y me dijeron que era buenísimo: ‘¿por qué no haces algo con eso?’”.

“Yo había empezado unos meses antes, en el 79, una serie de grabaciones de la vida de mis padres y un amigo del periódico, Jorge Hernández Campos, me dijo que por qué no escribía algo sobre mi familia al estilo de aquel fragmento. Entonces decidí hacer un folletín sobre mis padres. Desde el primer día me vino el nombre, *Las genealogías*. Lo publiqué durante un año, semanalmente. Martín Casillas lo aceptó. Lo trabajé en junio del 81 y lo entregué a sabiendas de que no estaba completo. Viajé a la Unión Soviética para conocer a mi familia rusa y terminarlo. Cuando regresé a México me fui a Acapulco un fin de semana y lo terminé. En octubre lo entregué y salió el 24 de noviembre. En la presentación, que fue bastante humorística, mi papá lloraba y lloraba; conmovedor y terrible. Es un libro que ha gustado.” (Dijo Carlos Montemayor, el día en que recibió a Margo en la Academia Mexicana: “La urdimbre genealógica es un sistema de compuertas secretas que se abren a numerosos ríos,



Rabbi Jacob ben Asher, Even ha-Ezer



Rabbi Jacob ben Asher, Even ha-Ezer mostrando el Jardín del Edén

regiones, personajes, acontecimientos imprevistos, revoluciones, asaltos, violencia, ternura, cocina, repostería, vestidos, idiomas, revistas, músicos, poetas, pintores”. “Un árbol de vidas y países en una sola y prodigiosa sangre.”)

“Necesitaba saber cómo era el mundo de mis padres, qué significó ser judío en Rusia, cómo se conocieron y juntaron, cómo vivieron cuando llegaron a Veracruz, cómo fueron sus años en la Merced. También quería que me contaran de Lenin, Trotsky, Chagall; cuál era la diferencia entre comunicarse en español o en yidish.” (La niña me mira mientras yo pongo en la mesita donde está su papilla las llaves o la pluma o lo que haya sido aquello que cayó al suelo; intenta reconocerme; soy un intruso, forastero absoluto sin cabida siquiera en la Guía de Forasteros, porque faltan más de veinte años para que su madre la ponga en marcha. Cuando sucedió a Margo en la Dirección

de Literatura del INBA, en 1986, a mí me tocaría completarla.)

Margo arranca de hechos insignificantes, y a partir de ellos lo dice todo. Escribe en una antigua mesa de cocina, que sirvió para amasar y picar: justicia poética. Para escribir necesita tener cerca muchas cosas; sobre todo libros de autores que son como sus guardianes en ese momento. (“Escribo para aclarar las cosas que me pasan. Hay experiencias que no comprendo si no escribo acerca de ellas. Es lo mismo cuando doy clases: el acto de enseñar me permite comprender textos que no entiendo en una simple lectura. Descubrí la escritura para dirigirme al hombre que amaba. Él me aceptó completa: me permitió escribir y me hizo ver mi cuerpo como algo precioso.”)

“Mi cuerpo es la envoltura de mis obsesiones, mis angustias, mis temores, mi soledad. Sí, soy impúdica porque he es-

crito acerca de ciertas cosas que equivalen más o menos a sentarse en público con las piernas abiertas.” Como lo hace cuando toca el chelo Nora García, en *El rastro*, una novela que se publicó en 2002.

“Tengo —insiste— una preocupación fundamental: mi cuerpo. Para la literatura erótica el cuerpo de la mujer es un terreno sobre el cual se escribe; pero en la vida real la mujer mira su cuerpo con ojos ajenos, como si se tratara de algo prestado. No quiero liberarme de mi cuerpo; quiero apropiármelo. Todo el tiempo estoy consciente de mi cuerpo. Lo siento real solamente cuando escribo acerca de él.”

“La poesía de Sor Juana —que no quiso ser santa, sino sabia— debería leerse mucho más. Ni en México ni en España tenemos la tradición de leer a nuestros clásicos, como la tienen, por ejemplo, en Inglaterra”. Margo ha escrito y está escribiendo sobre Sor



Vista de Tevah, sinagoga española-portuguesa en Amsterdam, Holanda

Juana —y sobre la Malinche. El rastro es, entre otras cosas, una glosa de uno de los sonetos de Sor Juana:

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba...

“La abolición que hemos hecho de la memoria ha privado a muchísima gente de leer poesía. La memoria es necesaria a la educación.” Siempre hemos tenido una minoría letrada. “En la época de Sor Juana poca gente leía. En el siglo pasado hubo grandes escritores, pero el analfabetismo era enorme: se escribía para poca gente. Hoy aparentemente se ha vencido el analfabetismo, pero no existe un hábito de lectura. Lo cual se debe a la cada vez mayor falta de preparación de los maestros y a que paulatinamente la educación primaria es más mala.”

“Al contrario de lo que se pensaba en el siglo XIX, ahora se cree que es mejor que la gente no sea educada, porque así le conviene al neoliberalismo. Desde los años sesenta o setenta hemos visto un proceso para acabar con las universidades públicas. Lo que se suma al hecho de que se ha acabado con la educación primaria, que es desde donde los niños deben aprender a leer y a memorizar.”

Sus obsesiones, tanto en los ensayos como en la ficción, son la memoria, la familia, México, la literatura, la escritura, el texto, el feminismo, los viajes (“quizás haga mal: debería sentarme y escribir, pero el viaje es una experiencia vital y no puedo quedarme tranquila”), el alejamiento, la nostalgia, el naufragio del amor, el erotismo, el cuerpo, la crítica de las instituciones, la recuperación de objetos o personajes curiosos.

Su ficción insiste en ser fragmentaria, en las asociaciones insólitas. “Textos que

recomienzan constantemente —dice Nora Pasternac—, que parecen no avanzar, que no tienen personajes ni historia ni tiempo o espacios definidos, salvo los del texto mismo.”

“Yo pienso —dice Margo— que esta forma de escribir, fragmentaria, con un ritmo muy particular que parece no tener ilación lógica, es de alguna manera el ritmo de la conversación de las mujeres, que pasan de un tema a otro, a veces sin una liga muy definida: están hablando de algo muy importante y de repente ven un vestido y dicen qué padre vestido, y te lanzas a hablar del vestido y el bordado y a la mitad interrumpes porque el pastel está en el horno, entonces tienes que hablar del pastel; y luego pones la mesa porque van a llegar los invitados y no tienes tiempo y luego vuelves a hablar de las cosas muy importantes, de tu vida privada o de una clase o de lo que tienes que hacer. Los textos van siguiendo un fluir



Szeged, Hungría

de la conciencia pero se trata de una lógica muy poco tradicional, de una lógica histórica.” (La niña quiere meterse a la boca las llaves, o la pluma, o lo que haya sido aquello. Margo habla de Egisto y alza la cuchara.)

Podría parecer que en *El rastro*, donde Nora García —personaje de una novela anterior, *Zona de derrumbe*— asiste al velorio y al entierro de su ex marido, Juan, un gran pianista, Margo Glantz se aparta de su visión fragmentaria de la vida. Pero eso es una mera apariencia. Estamos de nuevo ante una sucesión de fragmentos, que ahora no se ven divididos: ahora están dispuestos de acuerdo con la estructura de unas variaciones musicales y equivalen a temas que van reapareciendo una y otra vez.

En el féretro, de tosca madera clara, Juan lleva puesto un saco informal, color de heno seco que hace juego con la lividez de su rostro y el color de la madera. La corbata y la camisa son del mismo tono, lleva

una extraña cruz entre los brazos, tiene un bigote ralo, plumizo, ¿engominado?, que nunca había usado, y un pañuelo negro sostiene sus quijadas. (Y las palabras pesan cuando se escriben, después de apoyar mis dedos sobre las teclas, en medio del silencio de la noche; sólo un amor como el tuyo ha conmovido mi corazón. Sonríe. ¿Qué es lo que te parece divertido?, dice María. Nada, le digo, un recuerdo, pero ya no me oye.)

El olor a mohó, el corazón (que es sólo un músculo) enfermo que terminó con la vida de Juan, el corazón convertido en lágrimas (deshecho entre tus manos) de Sor Juana, el chelo que Nora recibe entre las piernas abiertas, las enormes pacas de heno que se ven en los campos, el vil recelo, los datos sobre el tabaquismo y el colesterol, Juan en el hospital, sin dentadura, asfixiándose, su cuerpo perforado por agujas, Rogozhin que arroja sus rublos a la chimenea encendida para congraciarse con Nastasia Filipovna (¿o es Nastasia quien lanza los billetes al fuego?), los Bösendorfer, Steinway,

Petrof, el príncipe Mishkin y Rogozhin que pasan la noche al lado del cadáver de Nastasia, apuñalada en el corazón, la mesa de cocina que sirve de escritorio, el alfilerero de terciopelo rojo, las dos grabaciones que Glenn Gould hizo de las Variaciones Goldberg de Juan Sebastián Bach, la lámpara redonda de terciopelo rojo, Juan que habla de música, Daniel Barenboim que toca, ¡de memoria!, las treinta y dos sonatas de Beethoven en el Teatro Colón, (soñé que me perdía: des-perté furiosa), la descripción clínica y las estadísticas de los males cardiacos, las sombras necias, David Daniels y su voz incontrastable, los indicios vanos, el pueblo entre montañas, las pacas de heno en una pintura, el traje de Emmanuelle Kahn que lleva María, los castriati, los filmes, Juan en su ataúd, las óperas, los besos de su boca, alguna sombra vana... todo vuelve, todo se repite, la breve y siniestra cicatriz, la herida absurda que es la vida, ¿cómo tocar, ver, sentir el corazón, que es el centro de la vida, que es solamente un músculo, que es el órgano del amor?

Obsesivamente se reincide en una breve serie de sucesos, personajes y situaciones, pues, no hay remedio, ya lo sabemos, los recuerdos regresan siempre y siempre nos quedamos anclados a un acontecimiento. ①

En este texto se aprovechan, con amplia libertad, entrevistas de Margo Glantz con Cristina Pacheco (*Siempre!*, enero de 1983), Sonia Morales (*Proceso*, marzo de 1983), Julio Ortega (*Sábado*, febrero de 1985), Renato Galicia Miguel (*El Financiero*, mayo de 2000), Cynthia Palacios Goya (*Sábado*, mayo de 2000) y Blanca Estela Treviño (*Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras*, octubre de 2000). Asimismo los ensayos “No pronunciarás de Margo Glantz: los nombres como señas de la imaginación cultural”, de Naomi Lindstrom, en *Revista Iberoamericana*, Universidad de Pittsburg, vol. LVI, núm. 150, enero-marzo de 1990, y “La escritura fragmentaria”, de Nora Pasternac, en Aralia López González, coordinadora, *Sin imágenes falsas, sin falsos espejos. Narradoras mexicanas del siglo xx*, El Colegio de México, México, 1995. Más el discurso de ingreso a la Academia Mexicana de Margo Glantz “José Gorostiza y Juan Rulfo”, y la “Respuesta al discurso de Margo Glantz”, de Carlos Montemayor (1995).